

El poema en su conjunto es hermoso, aunque desigual en partes, como escrito en épocas distintas. Tiene episodios ternísimos y de una delicadeza encantadora, como el del Ruiseñor, al que sorprende la muerte artera que le da el cazador en medio de un coloquio amistoso con el Gallo, dejando oír su primoroso canto.

La obra entera está esmaltada de bellezas que hacen olvidar los defectos que tiene. El verso, como todos los de Rostand, es fácil y armonioso, y los diálogos son interesantes.

Si el drama en sí mismo tiene el mérito de una obra de arte, como pieza simbólica es de un alcance extraordinario. *Chantecler* es no sólo el tipo del carácter francés que cree que la Civilización acude á donde él está, pero que el mejor día ese sol puede alumbrar en otra parte, sin que necesite de su esfuerzo para dar luz y calor al mundo, sino que tiene mucho de Don Quijote—observación que ha hecho ya un crítico inglés—en lo quimérico, infatuado y arrogante. Un Don Quijote francés, que representa no sólo la bravura sino el orden y la autoridad; no sólo es generoso, sino dominante y leal á sus inferiores; envanecido de su belleza y jactancioso, y señor natural de toda ave distinta de su sexo. *Chantecler*—como Don Quijote—dice el mismo crítico, es absurdo, pero no sólo amable sino grande en su absurdidad. Si algo prueban sus aventuras es que se necesita de la ilusión y la quimera para no caer en el escepticismo ó en la barbarie.

JUAN A. ZULETA

La lámpara del Santísimo

A solas con la tristeza
Horrible que va conmigo,
En un ángulo ocultéme
Del ancho templo vacío.
Era ya noche, las sombras

Vagaban por el recinto
Envueltas entre perfumes
Y misteriosos ruidos.
Sólo su luz moribunda,
Por entre cristal rojizo,
Lanzaba con parpadeo
Melancólico y continuo,
Como estrella solitaria,
La lámpara del SANTÍSIMO.

Y contemplando esa llama,
Que es de fe sublime signo,
Y que indica á los que sufren
Y á los que están desvalidos
Que allí se encuentra consuelo,
Que allí se oculta un amigo,
Algo extraño sentí en mi alma,
Que habló dentro de mí mismo,
Al oír mi corazón
Palpitar sonoro y rítmico
A compás del parpadeo
Melancólico y tranquilo
Que lanzaba en la tiniebla
La lámpara del SANTÍSIMO.

Recordé que la existencia
Va de la muerte al abismo,
Como el fulgor de esa lumbre
Se hunde en el templo sombrío;
Que cada rayo que absorbe
La tiniebla con ahinco
Es de su aceite una gota
Que para siempre se ha ido,
Como cada golpe tenue
Del corazón es un hilo
De la vida que se rompe
Y un paso al Sér infinito
De que es centinela mudo
La lámpara del SANTÍSIMO.

Entonces dije, cayendo
 De rodillas : ¡ oh, Dios mío!
 Esta lámpara viviente
 Que llevo siempre conmigo,
 Que ama, que sufre, que espera
 Y que descuenta á mi oído
 Las horas de mi existencia
 Al compás de sus latidos,
 Ante el altar de aquel templo
 En donde yerto y sombrío
 Algún día mi cadáver
 Habrá de verse tendido,
 Desde ahora para entonces
 Yo se la ofrezco al SANTÍSIMO.

Que de hoy más ante ese templo
 Para mí desconocido
 Donde muerto han de llevarme,
 Arda esa luz mientras vivo ;
 Que si sufro, ante sus aras
 Vaya á morir mi suspiro ;
 Y si gozo, allí se apaguen
 Del corazón los latidos.
 Y cual las olas que mueren
 De ignoto mar en los riscos,
 De mi vida en el oleaje
 Amargo, triste y continuo
 Vaya á morir á aquel puerto,
 Ante el altar del SANTÍSIMO.

Desde entonces de los templos
 El regio fausto no miro,
 Ni las lámparas soberbias,
 Ni el resplandor de los cirios
 Que ondas de luz amarilla
 Derraman por el recinto,
 Sino sólo aquella lámpara
 Que del corazón al ritmo,

Como él la vida consume
 En su titilar continuo,
 Sólo esa que me recuerda
 Que la que llevo en mí mismo
 Debe arder como ella siempre
 Ante el ara del SANTÍSIMO.

Y mi sueño desde entonces
 Es más dulce y más tranquilo,
 Porque sé que mientras duermo,
 La lámpara que he ofrecido
 Para aquel templo ignorado,
 Allí vierte de continuo
 La humilde luz de su vida
 En perpetuo sacrificio
 De fe, de amor y esperanza,
 Y que alumbra mi camino
 Y de peligros me libra
 Y ahuyenta los enemigos,
 Que allí á tocar no se atreven
 La lámpara del SANTÍSIMO.

Desde entonces estoy cierto,
 Cual si Dios lo hubiera dicho,
 Que si la muerte llegare
 A sorprenderme dormido,
 No será talvez sorpresa
 Ni presagio de castigo,
 Puesto que vela en mi pecho
 La luz de mi sacrificio,
 Sino que Dios bondadoso
 Lo ha aceptado, y por sí mismo
 Viene á llevarme á que duerma
 Otro sueño más tranquilo :
 Viene á tomar con su mano
 La lámpara del SANTÍSIMO.